

# BLASCO IBÁÑEZ Y SOROLLA, LOS MITOS VALENCIANOS

BLASCO IBÁÑEZ Y SOROLLA HAN SIDO, SIN DUDA ALGUNA, NO SÓLO LOS MÁS BRILLANTES CREADORES VALENCIANOS DE SU ÉPOCA, SINO TAMBIÉN LOS CREADORES DE LAS IMÁGENES QUE HICIERON FAMOSOS LOS PAISAJES Y LAS COSTUMBRES DE VALENCIA. AMBOS PLASMARON LA TIERNA FUERZA DE ESA MANERA DE SER, DE SENTIR Y DE VIVIR QUE SE EXPRESAN PLENAMENTE EN EL MEDITERRÁNEO.



SOROLLA, EL REGRESO DE LA PESCA. 1894

JOSEP PIERA ESCRITOR

SOROLLA, COSIENDO LA VELA, 1904



Una mañana de septiembre en Taormina. La noche anterior había llovido y el cielo y el mar, ambos de un limpiísimo azul, llevaban dentro toda la luz del verano, del dulce verano de septiembre, el dorado mes de la uva, el del perfumado tacto de los membrillos. De lejos, llenando las últimas vertientes del Etna, me llegaba el tupido brillo verde de los naranjos como en una primavera mágica que me acercara mi paisaje mítico, el paisaje valenciano, el paisaje de mi casa, bajé hasta el mar, a tomar un baño. La playa, solitaria aún, conservaba una pizca de humedad por la lluvia del día anterior. Sobresaliendo de las cercas de los jardines junto al mar de las villas, las buganvillas y los jazmines me recordaron la limpia luz de los pintores impresionistas.

Si ya el día anterior, en Aci Trezza, mientras escribía unas notas sobre Giovanni Verga, el autor de *I Malavoglia*, recordé algunas de las novelas valencianas de Blasco Ibáñez, entonces regresaba a mí de nuevo, mientras bajaba hacia la playa, tras un paseo Entre naranjos. “En verdad -me dije- los tópicos del paisaje y el carácter valenciano, desde un punto de vista internacional, fueron creados por las novelas de Vicente Blasco Ibáñez a comienzos de este siglo. Y ahora, cuando el siglo concluye, todavía perduran intactos en la memoria esos tópicos artísticos, pese a los brutales cambios que Valencia ha sufrido durante ese tiempo”. Me puse así a recordar, entonces, aquellas primeras obras del novelista valenciano (*La barraca*, *Arroz y tartana*, *Entre naranjos*, etc.) y el éxito internacional del que gozaron. También el hombre, el escritor y el político, tan

representativo del carácter histriónico y pasional de los valencianos. Y también, inevitablemente, la desgracia que supuso el hecho de que el mejor novelista valenciano de su tiempo abandonara la juvenil escritura en catalán para proseguir su obra en castellano, dejando para Teodor Llorente y la poesía el cultivo literario de la lengua catalana en el País Valenciano.

Al cabo de un rato, unas encantadoras carcajadas me arrancaron de aquellos pensamientos. Me volví y pude contemplar, de pronto, una escena como una hermosa danza espontánea: ante mí, en la playa, entrando y saliendo del mar, había unos mocosos que jugaban, correteando entre las olas. La escena, que por un lado me alejaba del costumbrismo épico, entre trágico y truculento, de las novelas valencianas de Blasco Ibáñez (un naturalismo rural y primitivo que, convertido en melodrama por Hollywood, alcanzó el alma del planeta desde las pantallas cinematográficas), me acercaba de pronto, por otro lado, a algunos de los mejores cuadros de Sorolla, el otro gran artista valenciano de la misma época. Sin embargo, también aquella escena tenía el encanto, entre inocente y perverso, del instante en que Tazio, el de la película de Visconti, no el de la novela de Mann, jugaba con un amigo en la playa, observado con elegante discreción por Von Aschenbach. Blasco Ibáñez y Sorolla, han sido, sin duda alguna, no sólo los más brillantes creadores valencianos de su época, sino también los creadores de las imágenes que hicieron famosos los paisajes y costumbres de los alrededores de la ciudad de Valencia. Si Blasco Ibáñez creó los

mitos de la huerta valenciana, de los marinos anocheceres de la Albufera, de los espléndidos naranjares, Sorolla pintará la luz de Valencia, los idílicos primeros baños de mar, las tareas, las mujeres y los jardines de esta tierra. El maestro Serrano en música, Benlliure en escultura y Llorente en poesía completarían el mito artístico del paraíso rural valenciano.

Cuando ya aquella efímera escena de playa se había desvanecido como un luminoso espejismo del verano mediterráneo, yo la tenía todavía ante los ojos, con su ingenua belleza. La escena del baño de aquellos chiquillos en la playa, en mi recuerdo, ya no era sólo el juego de una pandilla de criaturas sino una plasmación espontánea en la que el azar, o los antiguos dioses de este mar, habían querido expresar, ante mi solitaria mirada, un modo de vivir, el eterno deseo de goce, de paz, de libertad, del mundo mediterráneo, de una tradición cultural que, heredada de Grecia, vía Sicilia, llegaba hasta el mismo mar de Valencia.

¿Estaría de acuerdo Sorolla en que, según él mismo dijo, tenía por único afán “crear una pintura franca que interpretara la naturaleza tal como realmente es”, verse en esta tradición mediterránea? ¿Y Blasco Ibáñez? Pienso que sí. Porque si Sorolla, con la sabiduría y la plena intuición de sus pinceles, pintó el mar y la luz de Valencia, también fue más lejos, como Blasco Ibáñez. Ambos plasmaron la tierna fuerza, la sensualidad intensa, gozosa a ratos, dramática a veces, de ese modo de ser, de sentir y de vivir que se expresa plenamente al decir Mediterráneo. ●